

Memoria del tiempo fugaz

Ryoko Sekiguchi nos regala un precioso manual de filosofía de vida que invita a disfrutar de las cosas pequeñas pero importantes

EVA COSCULLUELA

‘Nagori’ significa «nostalgia por la estación que termina» y remite a añorar algo que aún no se ha ido del todo, a disfrutar de esos últimos momentos compartidos y a anticipar el pesar que sentiremos cuando ya no esté. Su etimología, «vestigio de las olas», evoca ese rastro efímero y apenas perceptible que dejan las olas cuando se retiran de la arena: un pequeño cerco que se diluye, algunas conchas, piedrecillas y restos de algas que sólo permanecerán en su lugar hasta que llegue la siguiente ola. A partir de este poético término, Ryoko Sekiguchi (Tokio, 1970) nos ofrece un exquisito texto, delicado como un haiku, que habla del paso del tiempo, de las estaciones, del ciclo de la vida, de la conciencia de finitud y de la relación del ser humano con la naturaleza.



Nagori
Ryoko Sekiguchi
Trad. Regina López Muñoz
Periférica, 2023
125 páginas
16,50 euros
★★★★★

ENTRAR EN ESTE LIBRO es un gozo de los que pocas veces se encuentran. Con una delicadísima sensibilidad y una sutileza desprovista de toda cursilería, Sekiguchi nos propone un paseo delicioso que empieza con la melancolía de un cocinero que explica por qué ha preparado un plato con verdura que no es de temporada. A partir de ahí, la autora reflexiona sobre el avance inexorable del tiempo y el cambio que se ha producido en la concepción de las estaciones, que ya no son periodos fijos y definidos: por un lado, las técnicas de producción y conservación de alimentos se han sofisticado tanto que los productos de temporada ya se pueden comer todo el año; por otro, en nuestros viajes nos movemos a lugares que pueden estar en una estación diferente, o que no tienen cuatro estaciones, sino veinticuatro –como Japón– o temporadas lluviosas o secas (y tampoco descubrimos ya nuevos alimentos cuando viajamos, porque hasta la fruta más exótica ha recorrido medio mundo para llenar las estanterías del supermercado del barrio).

EL TIEMPO ES EL GRAN PROTAGONISTA de estas páginas. Su fugacidad y la linealidad con la que avanza, que guarda ciclos que se repiten, provocan las reflexiones más interesantes y poéticas. Sekiguchi compara la alteración los ciclos de la naturaleza con el deseo de inmortalidad, «una manera de domesticar el tiempo»; para ella, «alterar las estaciones, desbaratar la sucesión del tiempo y sus etapas es la expresión de una gran fantasía». Los alimentos tienen una gran presencia en todo el libro –Sekiguchi es también crítica gastronómica– y es muy hermoso el modo en que habla de ellos en capítulos como ‘Los astros orgánicos’: «Desear una naranja en pleno verano es desear vivir hasta el invierno», escribe Sekiguchi. ‘Nagori’ nos regala un precioso manual de filosofía de vida que invita a disfrutar de las cosas pequeñas pero importantes: la suavidad de la nieve, el sabor dulce de una fruta que ya en su ocaso renace para nosotros. ■



Ryoko Sekiguchi

AUTORRETRATO DE UNA MUJER QUE NO FUE VENCIDA

La poesía reunida de Carmen Martín Gaité nos señala que su magnitud literaria también fue una grandeza moral

A rachas

Carmen Martín Gaité



Edición de José Teruel
La Bella Varsovia, 2023
157 páginas
15,90 euros
★★★★★

DIEGO DONCEL

Todavía la podemos recordar en el otoño o en el invierno de Madrid, era la boina de colores y el corazón apasionado. La atracción que sentíamos por ella, la liberalidad por los usos literarios con los que había cruzado la postguerra le impedían ser, para nosotros, una momia del Café Gijón, alguien del pasado que se había refugiado entre las cucharillas y los alcoholes de las leyendas de una España superada. La hacía famosa ya su cabellera blanca, su don para hacer de la amistad siempre un refugio. En su extravagante o fantasiosa manera de vestir se reflejaba su manera de vivir, siempre con un punto de locura hacia afuera, siempre con aquellos adentros llenos de secretos, de reflexiones o de soledades que escondía detrás de los visillos de su casa de Doctor Esquerdo. Sabíamos que tenía heridas que nunca se habían curado del todo: algún amor imposible, la muerte de su hija Marta, pero que en la crónica de sus días siempre apostaba por hacer de la memoria, de la memoria vivida más o menos serenamente, un arma cargada de futuro.

Cuando en 1976, Jesús Muñárriz editó por primera vez su poesía, en los inicios de Hiperión, se pudo comprender hasta qué punto Carmen Martín Gaité hacía de su biografía no solo el telón de fondo de sus poemas, de toda su literatura, sino que se convertía en la historia de las transformaciones que el tiempo iba haciendo de su experiencia del mundo. Allí estaba la historia de sus rostros, ese afán tan suyo por construir una identidad en cada cruce de caminos, por comprender a la desconocida que llevaba dentro. Toda vitalismo, quiso



Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925-Madrid, 2000) // ABC

dar cuenta del caos y de los fulgores cotidianos, de los amores, de los temores y de las muertes. Conversacional e intensa, se consideró una poeta a rachas porque creía que el poema, las imágenes, el ritmo y las ideas del poema solo le visitaban de vez en cuando como una súbita iluminación que trataba de explicar lo vivido. En la

BUSCÓ QUE CADA EMOCIÓN, QUE CADA ESCALOFRÍO FUERA UNA FORMA DE COMPRENDER

sencillez endiablada de su poesía había, por ello, como un rescate de esos momentos en los que brillaba la vida común, la existencia minúscula de una mujer, el conflicto entre memoria y tiempo. Atravesó su épica desde múltiples tonos y múltiples registros, pero no dejándose arrastrar por las derrotas sino con el deber de buscar unas migajas de alegría. No he veni-

do al mundo, decía en las altas horas de la noche madrileña, a escribir una lamentación sino el autorretrato de una mujer que se defendió de ser vencida.

Cúspide

‘A rachas’, la poesía completa que ahora vuelve a editar La Bella Varsovia, nos señala que su magnitud literaria también fue una grandeza moral, que su biografía poética fue una meditación sobre esa intimidad donde se daban a la vez la cara y la cruz, la felicidad y la desgracia, la cúspide siempre rodeada por el abismo de sus soledades. En el fondo, toda su obra habla de cómo superar la debilidad de vivir, de cómo buscar el fulgor en el drama de vidas que se van, de cosas que se van, de encontrar un sentido para que puedan ser restituidas. Con su poesía Carmen Martín Gaité buscó que cada emoción, que cada escalofrío fuera una forma de comprender, que cada dolor se convirtiera en una forma de conocimiento y cada conocimiento en una poética de la ternura. ■